

PA
LA
BRAS
MA
YO
RES .

CUENTOS JAPONESES



Cuentos japoneses

Anónimo

Ryūnosuke Akutagawa

Jun'ichirō Tanizaki

Yukio Mishima

Shin'ichi Hoshi

FACTOTUM
EDICIONES

PA —
LA —
BRAS —
MA —
YO —
RES .

Cuentos japoneses / Ryūnosuke Akutagawa ... [et al.] ;
compilado por Mercedes Calero. - 1a ed. - Buenos Aires :
Factotum Ediciones ; Madrid : Editorial Popular, 2021. 112
p. ; 22 x 15 cm. - (Palabras mayores / Indij, Guido)
ISBN 978-987-4198-26-6

1. Cuentos. 2. Japonés. I. Calero, Mercedes , comp.
CDD 895.6

© Factotum Ediciones, 2021
Pasaje Rivarola 169 (1015)
Buenos Aires, Argentina
www.factotumediciones.com
info@factotumediciones.com

© Editorial Popular, 1999, 2021
C/Doctor Esquerdo, 173 6ª Izda.
Madrid, España
www.editorialpopular.com

Compilación: Mercedes Calero
Coordinación editorial: Renata Cercelli
Prólogo: Hugo Salas
Diseño de tapa: Javier Basile y Melina Olivella | Grupo KPR
Ilustración de tapa: Melina Olivella | Grupo KPR
Diseño de interiores: Renata Cercelli
Armado: Brenda Wainer
Corrección: Mónica Campos y Álvaro López Ithurbide

ISBN 978-987-4198-26-6

Libro de edición argentina.
Impreso en China. *Printed in China.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Prólogo

Una colección de textos como la presente entraña cuando menos dos riesgos a la hora de dar cuenta de ella. El primero, caer en la ilusión fundante de las “literaturas nacionales” –o territoriales– y suponer que las páginas que siguen bastan para hacerse una idea general y panorámica de una cultura de complejidades tan intrincadas y fluctuaciones históricas tan significativas como la japonesa. No hay antología literaria, por más extensa que sea, capaz de agotar la materia social de la que es resultado. Un cuento japonés no es una historia de Japón.

El segundo, bastante común también, radica en sucumbir al exotismo y atribuir al carácter oriental de dicha cultura la responsabilidad de todas las singularidades que presentan sus obras literarias. De hecho, salvo el delicioso anónimo que abre la colección,

todos los demás cuentos recopilados aquí pertenecen al siglo xx, durante el cual difícilmente quepa considerar a la nación japonesa –participante de las dos grandes guerras mundiales– una comunidad sociopolítica aislada de Occidente. Un cuento japonés, además de ser japonés, es un cuento (y, por ende, aspira siempre a la singularidad).

Desde luego, ningún lector pasará por alto la singular prosodia que –aun en traducción– el ritmo aglutinante del idioma japonés imprime en la construcción de las frases ni los inevitables resabios de su antiquísima tradición imperial, signada por el peso de lo simbólico y lo ceremonial. Entre esas vagas certezas y la magia impar de cada uno de estos cuentos se verá obligado, entonces, a oscilar el lector en su avance sinuoso por los senderos que le propone este volumen.

Según se anticipara, el primero de ellos conduce a un anónimo, “El viejo que hacía florecer los árboles” (en otras traducciones, “El viejo que hacía florecer los árboles muertos”). Se trata de uno de los más conocidos y venerados *mukashabi-banashi*, antiquísimos relatos de tradición oral, de origen imposible de rastrear, recopilados a fines del siglo xviii y principios del xix. En términos generales, se trata de una composición moral; quienes se apresuren a considerar “dudosa” esta apreciación, harán bien en recordar lo

ambigua que resulta la moralidad también en el caso de los cuentos maravillosos de la tradición oral de Occidente. La repetición y el contraste parecen ser los procedimientos cardinales para guiar su lectura.

Ya a principios del siglo xx, Ryūnosuke Akutagawa sorprende, sin duda, por la amplitud de su registro, perceptible aquí a partir de la contraposición entre un estremecedor relato acerca de la miseria y la degradación humana (“Rashomon”, responsable de inspirar la célebre película de Akira Kurosawa) y otro cuento humorístico de indudables tintes satíricos, en el que el autor elude de manera magistral todo resabio de censura moral.

A diferencia de esta separación entre lo serio y lo jocoso, Jun’ichirō Tanizaki elige manejar en simultáneo el tono humorístico y la representación de las secuelas del horror en la narración de una fobia personalísima que por sus intrincados goznes recuerda los temores tortuosos que en Occidente tan bien plasmara Kafka.

Resultaba ineludible, desde ya, la inclusión de una de las figuras que se destaca inconfundible en el panorama cultural de Japón tanto por su producción literaria como por su biografía (a la que convirtió, de manera espectacular, en una más de sus obras estéticas). Nos referimos al delicioso y siempre inquietante Yukio Mishima. El retrato metódico

y arrobado de la perversidad oculta en las formas del trato cotidiano, y su embriagador atractivo, es la fibra que el gran maestro despliega con singular destreza en los dos cuentos suyos incluidos en este volumen.

Cierra la colección el prolífico Shin'ichi Hoshi, autor de más de mil cuentos de una variedad que, con el propósito de acentuar su brevedad, gustaba denominar *short short story*. Cultivaba el gusto por la literatura de género, en particular el policial de intriga y la ciencia ficción, pero sobre todo por la trama ingeniosa con final sorprendente. Sus relatos suelen presentarse como miniaturas divertidas y desencantadas, escépticas, que parecen contrariar de manera voluntaria todo resabio de simbolismo, protocolo y ceremonial, características que acaso lo conviertan en el más moderno y occidental de los escritores aquí presentes.

Hugo Salas

FACTOTUM
EDICIONES

El viejo que hacía florecer los árboles

Anónimo

Hace muchos, muchos años, un viejo leñador que vivía en una pequeña aldea a la orilla de un gran bosque salió por la mañana, como era su costumbre diaria, a cortar unos árboles para el señor de la provincia. Cuando estaba a medio camino observó a un pequeño perro blanco que estaba tumbado a la vera del sendero. El animal estaba muy delgado y no tardaría mucho tiempo en morir de hambre y de frío. El sufrimiento de la criatura movió la piedad del leñador quien lo tomó en sus manos, lo puso tiernamente en el regazo de su quimono y se volvió a casa. Su esposa vino corriendo hacia él sorprendida de que volviera tan pronto, y le preguntó qué había pasado. Como respuesta, el hombre descubrió al pequeño perro y se lo mostró a su mujer.

—¡Pobre perrito! —exclamó ella enternecida—. ¿Quién ha podido ser tan cruel contigo? ¡Y qué inteligente

pareces ser con tus claros y brillantes ojos y tus orejas vivas y alertas! Unos viejos como nosotros te tendrán a gusto en su casa.

—En efecto, así es —murmuró el anciano que estaba deseando tenerlo como mascota.

Llevaron adentro al perro, lo colocaron en el suelo de paja y se pusieron enseguida a atender su enfermedad.

Con estos cariñosos cuidados el pequeño perro se puso bien y fuerte. Sus ojos brillantes resplandecían, sus orejas se enderezaban al más mínimo ruido, su hocico estaba siempre moviéndose de un lado para otro, curioseándolo todo, y su pelo se cubrió de tal blancura que la anciana pareja lo llamaba Shiro, que significa blanco. Como los ancianos no tenían niños, Shiro fue tan querido para ellos como un hijo y el animal seguía a los viejos adonde quiera que fueran.

Un día de invierno el anciano tomó el azadón, lo echó sobre su hombro y marchó al huerto a tomar unas verduras. Shiro, a quien siempre le alegraban enormemente estas ocasiones, saltó alrededor de su amo haciendo grandes círculos; luego pegó varias carreras hacia las zanjas y los matorrales.

Cuando llegaron al campo echó a correr tan locamente como siempre y ladró de placer al arrojarle sobre la maleza.

De repente se detuvo. Sus orejas se alzaron y se pusieron rectas y todo su cuerpo se tensó. Con el hocico en la tierra echó a andar lentamente hacia la empalizada que había cerca de una de las esquinas del huerto. Su hocico se movía rápidamente, olfateando en un montoncito de tierra. De pronto, empezó a escarbar intensamente: apartaba la tierra y la echaba para atrás con sus patas. Sus fuertes y excitados ladridos atraieron la atención del anciano que se hallaba en la otra puerta del campo. Se dio cuenta de que Shiro tenía que haber descubierto algo muy extraordinario para que se comportase de aquella manera. Echó a correr hacia donde estaba el animal para ver qué era aquello.

El hombre tomó su azadón y empezó a cavar en el agujero que había abierto Shiro y, apenas había pegado dos golpes con la herramienta, cuando una lluvia de monedas de oro empezó a manar, como si fuera de un manantial invisible, y a llenar el aire. El anciano se echó para atrás sorprendido y volvió corriendo a su casa para que su mujer viera el milagro.

Sin embargo, su vecino, un hombre avaricioso y de mal genio que también había sido atraído por los ladridos de Shiro, había presenciado esta maravilla increíble desde la otra parte de la cerca de bambú que separaba sus campos. Sus ojos resplandecieron

Rashomon

Ryūnosuke Akutagawa

Era una noche fría. El lacayo de un samurái seguía bajo la Rashomon³ esperando a que escampara.

No había nadie más bajo la ancha puerta. En la gruesa columna de laca carmesí, pelada por todas partes, había hecho su hueco un grillo. Puesto que la Rashomon está situada en la Avenida Sujaku, lo lógico era que alguien más, con sombrero de anea⁴ o tocado como hidalgo, anduviera por ahí esperando a que la tempestad que se había desatado amainara. No se veía, sin embargo, un alma; solo aquel hombre.

3. Rashomon era el nombre de una de las puertas de entrada a la antigua capital de Japón, Kioto. Era la mayor de todas: tenía cerca de 30 metros de ancho, 21 de altura y 7 de profundidad. Fue construida hacia el año 789. Con el paso de los años, fue decayendo, convirtiéndose en cueva de malhechores y especie de cementerio.

4. Anea: planta que crece en sitios pantanosos. Las hojas se emplean para fabricar sombreros.

En los últimos años una serie de calamidades, terremotos, tifones e incendios había asolado la ciudad y Kioto se encontraba sumamente devastada. Las crónicas antiguas relatan que pedazos de imágenes y estatuillas budistas despojadas de su laca, pan de oro y hoja de plata, se encontraban amontonadas al borde del camino para venderlas como leña. Dado el estado de cosas en Kioto, era impensable reedificar la Rashomon.

Aprovechando la desolación, las zorras y otras fieras habían hecho sus madrigueras entre las ruinas de la puerta de entrada, de igual modo que los forajidos se habían refugiado en aquel sitio. Con el tiempo, se volvió natural traer cadáveres abandonados para arrojarlos entre las ruinas de la puerta. Entrada la noche, el lugar era tan lúgubre que nadie se atrevía a acercarse.

De algún paraje llegaban las bandadas de cuervos. Durante el día se los oía crascitar⁵, sobrevolando la cumbrera de la entrada. Cuando el cielo se arrebolaba al declinar la tarde, los cuervos parecían incontables granos de ajonjolí desperdigados por el remate de la puerta. Aquel día, sin embargo, no había un solo pájaro a la vista, tal vez a causa de lo avanzado de la hora.

Por todas partes, los escalones de piedra que empezaban a desmoronarse y entre cuyas grietas se espesaba la hierba, dejaban ver las blancas deposiciones de los

5. Crascitar: graznido del cuervo.

cuervos. El lacayo, con su quimono azul deshilachado, se había sentado en el séptimo escalón, que era el peldaño más alto de la escalera, a contemplar absorto la lluvia. Concentraba la atención en un abultado grano que le irritaba la mejilla derecha.

Como se ha dicho, el lacayo esperaba a que escampara. No tenía la menor idea de lo que iba a hacer cuando dejara de llover. Normalmente, como es lógico, hubiera regresado a la casa de su amo, de la que hacía unas horas había sido despedido. La prosperidad de Kioto había decaído vertiginosamente y a causa de ello el samurái a quien sirviera durante muchos años lo había tenido que echar.

Y aquí estaba, tras una cortina de lluvia, sin saber qué hacer. El mal tiempo aumentaba su abatimiento. La lluvia no daba señales de parar. Sus pensamientos se extraviaban en la necesidad de ganarse la vida a partir de la mañana siguiente; unos pensamientos desvalidos y confusos que solo atinaban a protestar contra un destino inexorable. Perplejo, oía repicar la lluvia en la Avenida Sujaku.

La lluvia, que envolvía la Rashomon, arreció; empezó a caer un pedrisco que se oía a diez leguas a la redonda. Al levantar la vista, vio un nubarrón oscuro que ceñía el borde de las tejas que el techo de la puerta de entrada proyectaba.

La nariz

Ryūnosuke Akutagawa

En las afueras de Ike-no-O⁶ todo el mundo había oído hablar de la nariz de Zenchi Naigu⁷. De doce a catorce centímetros de largo, le colgaba del labio superior a la barbilla y tenía el mismo espesor de un extremo a otro.

La presencia de su nariz lo había atormentado profundamente durante más de cincuenta años: desde que fuera un joven acólito del templo, hasta alcanzar el respetable cargo de Capellán de Palacio. Siempre intentaba restarle importancia a su nariz ante los demás, no tanto porque preocuparse de aquella nimiedad desmereciera a un hombre cuyo deber era dedicarse ardientemente a rezar por el advenimiento del Paraíso, sino porque buscaba ocultarles a los

6. Ike-no-O: nombre de un distrito en las afueras de Kioto.

7. Zenchi Naigu: monje escogido para el servicio de la Corte Imperial.

demás su obsesión. Para él, todo aquello era aparentemente una cuestión de orgullo y le aterraba pensar que la palabra nariz pudiera surgir en una conversación.

Su nariz, por supuesto, era un estorbo insuperable. En primer lugar, porque no podía comer solo. Si lo intentaba, la punta de la nariz se le metía en el cuenco de arroz hervido. Por eso necesitaba que, en cada comida, se le sentara enfrente un discípulo que le sostuviera la punta de la nariz con un palo oblongo de más o menos medio metro de largo y dos centímetros de ancho. Naturalmente, este modo de comer no era nada fácil para un monje a quien había que mantenerle levantada en vilo la nariz, ni para el discípulo que tenía a su cargo esa tarea.

En una ocasión un paje tuvo que relevar al discípulo y al estornudar de pronto dejó caer la nariz en el cuenco: aquel incidente se comentó hasta Kioto. Nuestro monje toleraba todo el ajetreo que representaba aquel narizón, pero la pérdida de su dignidad le era insoportable.

La gente de Ike-no-O decía que era una suerte que el monje no fuera un seglar porque, sin duda, no habría mujer que se casara con un hombre que tuviera aquellas napias. Hubo, incluso, quien adujera que de no haber sido por la nariz, no se habría ordenado sacerdote.

En cambio, para él, las sagradas órdenes no constituían un mero refugio que le sirviera para aligerar la carga de su nariz. Además, su orgullo era demasiado sutil para dejarse influir en lo más mínimo por algo tan mundano como la posibilidad del matrimonio. Su única preocupación era recurrir a todos los medios a su alcance, para restañar su herido orgullo y reparar las ignominias recibidas.

Agotó todos los medios conocidos para tratar de reducir el tamaño de su nariz. Cada vez que estaba solo la examinaba en el espejo, observándola desde ángulos diversos y aguzando su ingenio al máximo. No bastaba simplemente con modificar el reflejo de su cara en el espejo: apretándose los cachetes o poniéndose un dedo en la punta de la nariz, estudiaba pacientemente su rostro. Sin embargo, nunca llegó a sentir la satisfacción de que su nariz se había achicado. Por el contrario, mientras más la inspeccionaba, más grande le parecía. En tales ocasiones, devolvía el espejo a su caja, suspiraba profundamente y, entristecido, regresaba a su atril para seguir canturreando el sutra de Kwannon, Diosa de la Misericordia.

Vigilaba también la nariz de los demás. Al santuario de Ike-no-O acudían con frecuencia numerosos visitantes, legos y sacerdotes, que celebraban misas budistas: se realizaban por igual recepciones para

Índice

Prólogo, 5

El viejo que hacía florecer los árboles, 9

Anónimo

Rashomon, 25

Ryūnosuke Akutagawa

La nariz, 37

Ryūnosuke Akutagawa

Terror, 51

Jun'ichirō Tanizaki

La perla, 65

Yukio Mishima

El periódico, 87

Yukio Mishima

El antiguo secreto, 97

Shin'ichi Hoshi

La escena de la muerte, 101

Shin'ichi Hoshi



FACTOTUM
EDICIONES



PALABRAS 31 puntos

PALABRAS M. 25 puntos

PALABRAS MAYO 20 puntos

PALABRAS MAYOR 18 puntos

PALABRAS MAYORES 16 puntos

📍 PALABRAS MAYORES 15,5 puntos

PALABRAS MAYORES] 15 puntos

PALABRAS MAYORES PA 14 puntos

PALABRAS MAYORES PAL 13 puntos

PALABRAS MAYORES PALA 12 puntos

PALABRAS MAYORES PALABR 11 puntos

PALABRAS MAYORES PALABRAS 10 puntos

PALABRAS MAYORES PALABRAS MA 9 puntos

PALABRAS MAYORES PALABRAS MAYORES PAL 7 puntos

PALABRAS MAYORES PALABRAS MAYORES PALABRAS 6 puntos

PALABRAS MAYORES PALABRAS MAYORES PALABRAS MAYORES F 5 puntos

PALABRAS MAYORES es la colección de literatura que diseñamos pensando en tu confort. Elegimos para ello la tipografía, su tamaño e interespacios, las interlíneas y los márgenes de página más cómodos.

Cuanto menos se cansa tu vista, más lees.

Cuanto más lees, más lejos llegás.